Por una acción conjunta y positiva de las Internacionales:

YA ES HORA DE QUE HABLEN LOS TRABAJADORES DEL MUNDO

LA MONEDA...

(Viene de 1.ª página)

bre de la cabeza de ganado —capus cápitis— nació el nombre de capital, como pecunia y pecuniario se deriva de pecus, ganado.

Fué inventada, sí, la moneda, según autorizadas opiniones de numismáticos, en Mileto, coincidiendo esta invención aproximadamente con la del alfabeto, y creyó la humanidad haber encontrado una común medida para el valor de todas las cosas facilitado también su intercambio a través de dichas monedas. Pero lo fundamental de una unidad es su invariabilidad y la moneda, aunque al principio gozaba de esta propiedad por la escasez de los metales, dejó de ser invariable como unidad a causa de los abusos de la autoridad.

La autoridad es la cosa más absurda del mundo. Su misión, aparte de satisfacer los enfermizos deseos de los ambiciosos, es la de asegurar el predominio de los ricos contra los pobres, para lo que la moneda es precisamente la base. Pero la autoridad, en la lucha general de egoísmos que hasta ahora han dominado en el mundo, ha antepuesto el egoísmo de quienes la ejercían al de los ricos que confiaban en ella para seguir siéndolo. Y la autoridad ha cubileteado siempre con el valor de la moneda, sobre la que se concentraban todos los egoísmos.

La autoridad ha falseado sistemáticamente, a lo largo de la historia, el valor de la moneda, aculiándola con menos ley de la debida, mezclando al oro o a la plata otros metales de menos valor, de lo que pronto se dieron cuenta sus poseedores, originándose la baja de su valor. De aquí la alterabilidad del valor de la unidad de medida que le restaba toda eficacia en este aspecto.

Ya en Roma, los emperadores alteraban la ley de la moneda y hasta los hubo que acuñaron monedas de baja ley para pagar a la gente y de plata u oro puro para atesorar. Llegaron las cosas a tan escandaloso estado que el emperador Aureliano, en vista de las monedas "sevillanas" que circulaban ocasionando una depreciación a pesar del pretendido curso forzoso, decidió con la omnipotencia que le confería su cargo proceder a la desinflación, haciendo que las monedas dejasen de valer su valor nominal para adquirir exclusivamente el real. Así, la moneda de plata que oficialmente valía 1'70 pesetas, quedó reducida en su valor a tan sólo cuatro céntimos. Con tal motivo hubo un motín en Roma en cuya represión murieron entre paisanos y soldados más de 7.000 hombres.

En la edad media continuaron los reyes el bonito juego de la alteración de la moneda. La autoridad, en beneficio de quienes la ejercían, intentó siempre cubilatear con la moneda restándole su capacidad para su misión fundamental de ser la común medida del valor de todas las cosas.

Y modernamente, a través de los subatitutivos de la moneda que ha inventado el crédito, sigue sucediendo lo mismo.

De manera que esa común medida cambia de valor siempre con el tiempo y la geografía y sucede con ella como antes ocurría con la vara y con la libra, que eran distintas para las diferentes naciones y hasta para diferentes provincias, restándoles eficacia como tales unidades de medida.

Pero es que, además, la moneda ha fracasado por completo y ha sido indispensable su sustitución por otros elementos inventados a base del crédito, tales como los billetes de Banco, los cheques cruzados y las cámaras de compensación.

Ejecutivamente, prescindiendo de las trampas de emperadores y reyes, la inalterabilidad del valor de la moneda y su capacidad como común medida se fundamentaba en la supuesta inalterabilidad del valor del oro y de la plata. Esta fracasó primeramente bajando extraordinariamente su valor y emigró el oro de los países que respondían de sus billetes con oro o con plata y, además, aparecieron los duros "sevillanos". Después, tras de la Gran Guerra, fracasó el oro por no existir en cantidades suficientes para atender a las necesidades monetarias y desapareció de la circulación para no volver más en todos los países. Y las naciones que quisieron estabilizar sus divisas, ofreciendo cambiar por oro sus billetes, limitaron la operación para los intercambios con el extranjero, concediendo únicamente dar a cambio de tales billetes oro en barras y por determinada cantidad como mínimo. En definitiva, resultó la total desaparición de la moneda y su sustitución integral por cosas que le equivalían más o menos artificiosamente, billetes de Banco o monedas de cualquier metal sin valor real y sólo con uno fiduciario y representativo fundamentado en las reservas que los nuevos "nibelungos" guardaban cuidadosamente en los sótanos de los Bancos, verdaderas fortalezas realmente inaccesibles, castillos encantados en los que la "bella durmiente" es el oro acuñado que no volverá a ver la luz del día.

En lo único bueno que pudiera tener la moneda al servir de unidad común para valorizar todas las cosas, ha fracasado por culpa de la porquería y suciedad que impregnó siempre a la autoridad. Quedó esta finalidad incumplida y la moneda condenada a perpetuo encierro en los sótanos. Quedó enterrada para siempre; que descanse en paz.

Mientras que el fascismo pretende imponerse con la fuerza bruta, desde Oriente a Occidente, las Democracias internacionales seguirán discutiendo fórmulas de «arreglo»

¡VENCEREMOS!

porque tenemos la mejor arma

Sería tanto como declararse cómplice de nuestros enemigos poner en duda el triunfo de nuestras armas. Sería declararse vencidos sin lucha, sería descender a la categoría de seres despreciables y odiosos, como despreciables y odiados son, los que para satisfacer una vanidad personal de mando y dominio, nos han provocado a esta lucha que sólo ha de terminar con el triunfo de nuestra razón, porque es la razón del derecho a la vida.

¡Venceremos! porque los que en mala hora nos atacaron a traición, se olvidaron de la Historia, de las luchas sociales en España. Cuando tal crimen cometían, no tenían presente que, nunca, nunca; un pueblo ha sido esclavo si no ha querido. Que esto lo desconocieron los pobres diablos políticos de Franco Paza y se comprende, porque de Historia sólo conocen a medias la que ellos son protagonistas, pero que los señores de capa y chistera, los que representan la política de Berlín, Italia, Inglaterra y Francia, estos señores, alcahuetas de Cancillería, que no tienen otra misión que la intromisión en casas ajenas, no debían ignorar nuestra Historia. Los que tienen y mueven los hilos de las marionetas del otro lado, no conocen a la España proletaria.

Estos señores que unos días al año interrumpían su miserable vida de Club para vestirse de turistas, se han creído haber adquirido la patente de conocedores psicológicos de España por el sólo hecho de haber venido a presenciar unas corridas de toros, a escuchar unos cantos flamencos, a saborear las delicias del buen sol y de las ricas frutas de nuestras bellas tierras, en suma: que su presencia en España ha sido siempre un insulto a nuestra tragedia. He aquí el asombro de estos señores al notar y reconocer nuestra gesta en esta lucha, cuando se creían convencidos de que el Africa empezaba de los Pirineos para acá y que nosotros les venimos demostrando que el Africa empieza de los Pirineos para allá, cruzando mares y montañas, extendiéndose por los cinco continentes y sólo este pedazo de tierra que tenemos y defendemos es la rica y bella flor, siempre viva, que nunca llegará a corromper la putrefacta basura que encierra el resto del mundo.

¡Venceremos! y para ello disponemos de armas que no tienen ellos, que no pueden tenerlas, nuestra arma no está fabricada ni elaborada en ningún laboratorio ni fundición. Nuestra arma la hemos forjado nosotros mismos en la fragua del dolor, durante años y más años de privaciones y martirios, está templada en mares de sangre y lágrimas, nuestra arma sólo pertenece al Pueblo y es para el Pueblo. No hay otra que la iguale, es invencible, ha sido siempre despreciada por los potentados y políticos de toda calaña porque nunca se ha rendido a la razón de la fuerza, y nosotros con ella, hace ya más de dos años que hemos roto todos los cálculos premeditados de todos los Gobiernos interesados en nuestra derrota. Esta arma somos nosotros, los jóvenes, nuestra fe, los que en un buen día de verano, salíamos del campo, el taller y la fábrica, pecho al descubierto, a cumplir nuestra misión para con la vida, somos los escarnecidos de todos los tiempos, los que nunca hemos pedido decir, con la sonrisa en los labios y el corazón henchido de gozo: ¡somos felices!

Nuestras armas son nuestra voluntad de luchar y vencer, nuestra fe en el sacrificio de morir para vivir, nuestra gran dosis de romanticismo en la lucha por y para la libertad.

Sólo nos resta decir a los que todavía alimentan la vana ilusión de vencernos, que antes de someternos como tristes esclavos al yugo de, no importa qué tirano dictador, sea quien fuere el monstruo sin calificativo humano que quiera meterse con nuestra forma de ser, que antes de conseguirlo, haríamos igual que nuestros antepasados, sabríamos llegar colectivamente al máximo del sacrificio, haciendo de todo el suelo hispano un inmenso cementerio en el cual nuestros cuerpos formarían un monumento de dignidad que sería como un faro de vergüenza que alumbraría a todos los esclavos de la tierra en las oscuras noches de sus vidas tristes.

Barcelona, 11 de noviembre de 1938.

Por las Juventudes del Sindicato de

LA HOJA DE PARRA

—Vamos a ver. ¿Por qué no ha venido usted ayer en todo el día? Mira, que si yo quisiera..., apenas tenía horas libres.

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

—Pues me lo has de contar para que te lo perdone..., hora por hora..., minuto por minuto...

Y alardeando de apasionada y ofendida, se levantó con el pelo suelto y fué a ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón: dime todo lo que has hecho, y si mientes, ¡te ahogo!

—Pues, mira; ayer me levanté a las doce, almorcé y a las dos ya me tenías en el Consejo magno de ferrocarriles hispánicos.

—¿Y qué pito tocas tú allí?

—Teníamos junta los consejeros, porque los guardagujas piden aumento de salario y se han declarado en huelga. Dicen que ganan no sé cuánto, ocho o diez reales, y trabajan dieciséis o veinte horas... y no duermen. Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres y media estuvimos allí.

—¿Y luego?

—Fuí a Hacienda: a ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas deheses en la Mancha. Pues, entre investigaciones y denuncias..., nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago... ¡y no me da la gana!

—Pero, ¿con razón?

—Nunca hay razón para cobrar tanto. Claro que..., en realidad, debía pagar más...; pero, ¿quién paga lo justo? Nadie.

—¿Y qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podía ser explícito, pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el Gobierno ni un voto?

—En fin, que saldrás con la tuya.

—Cabal. Pagaré lo que hasta aquí.

—Y luego, ¿dónde fuiste?

—De allí salí a las cuatro y media. Me encontré en la calle a Pignorote y estuvimos un rato muy largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorote es el que da la cara: el dinero es de varios, yo entre ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio o no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero a señoritos..., y claro que han de pasar algo. Que algunos son menores..., pues que sean. Lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorote dijo que iba a meter a un muchacho en la cárcel, pero ya verás como no lo consienten sus padres.

—Vamos, que tenéis una sociedad para prestar a menores y luego lo arreglan sus familias.

—Así, tan en crudo..., no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague.

—¿Y después?

—Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el Gobierno, por pura disciplina, una gran picardía; sin embargo, como lo primero es lo primero, voté. Luego tuve que ir al círculo para buscar a uno.

—¿Jugaste?

—Poco, hasta las siete.

—¿Y qué tal?

—Medianamente: gané mil pesetas.

—Pues me vienen al pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, y sacando del tarjetero diez billetes de veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para alfileres; y ya puedes agradecerlo...; más chicas tenían no sé qué capricho... Cosas de muchachas. Otra vez será.

Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes, y continuó:

—¿Qué hiciste luego? ¿Por qué no viniste de noche? Te estuve esperando..., se perdió el paseo y ¡me acosté de un humor...!

—Fuí a casa a comer con propósito de venir temprano. ¡Que si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo acostumbrado, no tuviéramos más convidados que mi suegra.

—¡Lagarto, lagarto!

—Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, las hijas se fueron a vestir para ir al teatro, y me quedé solo con mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Y qué pasó?

—Lo de siempre cuando nos quedamos solos. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce, la estimo, la respeto y la considero..., pero no nos entendemos.

—¡Ya conseguirá que me dejes!

—¡Eso no! Tuvimos una escena muy desagradable y estuve muy enérgico.

—No te atreverías.

—¿Que no? Pues mira, le dije: «No me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre... hasta cierto punto; yo soy dueño de mis acciones, y en paz, o damos el gran escándalo.»

—Te hablaría de mí.

—Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban a quedar sin qué comer..., y, ¡lo que más me enfureció!, se echó a llorar.

—Para que te ablandases.

—Pues no me ablandé. Lo que siento es que las chicas...

—¿Qué pasó?

—Del comedor hablamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto a la puerta y se enteraron de todo.

—¡Tonto. Haberte venido!

—Ya se me ocurrió: pero se me había levantado tal dolor de cabeza, que tuve que acostarme y tomar antipirina.

—¡Pollinguet! Y yo aquí sola.

Quiso él entonces abrazarla para quitarle el enojo; mas ella, levantándose de su lado, le dijo muy seria:

—Todo eso está muy bien, y el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita esta tarde, me llevarás a comer a cualquier parte.

—Convenido. Y no mando recado a casa: ya se irán acostumbrando.

Magdalena sonrió gozosa, y volviendo a su interrogatorio y reprimenda para disimular la alegría, preguntó con gesto desabrido:

—Y hoy, ¿por qué no has venido más temprano?

—He tenido que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un amigo con quien estoy organizando una sociedad muy útil y provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida: queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoy no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido... Pero tú no puedes entenderme.

Magdalena, sonriendo entre provocativa y burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo con los ojos un guiño muy expresivo, y dijo:

—Hazte socio, monín. Oye, ¿y cómo se llamará esa hermandad?

—«La hoja de parra».

—¿Y para qué es?

El caballero se puso muy serio y, con con voz grave y sonora, repuso:

—«La hoja de parra será una Asociación para alejar los progresos de la inmoralidad y la falta de fe...»

Jacinto OCTAVIO PICON

LA UNIDAD DE LOS TRABAJADORES DEBE DE SER ALGO CONSUSTANCIAL A LOS MISMOS. TODO INTENTO DE UNIDAD SI NO ES UN SENTIMIENTO ARRAIGADO EN LOS CORAZONES, ES LETRA MUERTA

Ha aparecido ya la segunda edición del libro de SOLANO PALACIO
La Tragedia del Norte

El fascismo acrecienta su agresividad en progresión geométrica

La línea de las contemporizaciones y paños tibios ha fracasado

Es la hora de la acción

España no demanda palabras o botas de leche

EXIGE HECHOS

ESTE PERIÓDICO ES DISTRIBUIDO POR

D. I. P.

En CATALUÑA y ARAGON
Rambla del Centro, número 37, pral.
BARCELONA

En LEVANTE, CENTRO, EXTREMADURA y ANDALUCIA
Paz, 27
VALENCIA

Tierra y libertad

Unión, 7 - Teléf. 23658
BARCELONA
Núm. 45
PRECIO: 40 CTS.